

**JESÚS,  
EL QUE QUIERE Y PUEDE**

Nicolás Bertoa

# ÍNDICE

Prólogo — Lo que todos llevamos.....	3
Panel I — El leproso.....	6
Capítulo I — El mundo que se encoge.....	7
Capítulo II — La evidencia que mueve los pies.....	14
Capítulo III — Quiero.....	22
Puente — Dos preguntas, el mismo camino.....	34
Panel II — El padre del endemoniado.....	36
Capítulo IV — Desde niño.....	37
Capítulo V — Si puedes.....	45
Capítulo VI — Creo; ayuda mi incredulidad.....	56
Epílogo — Lo que queda.....	67
Fuentes.....	73

# PRÓLOGO

*Lo que todos llevamos*

Hay dos maneras de llegar a Dios con las manos vacías.

La primera es la del que ha oído hablar del amor de Dios durante toda su vida — en los sermones, en los himnos, en las oraciones de los que lo rodeaban — pero que en algún lugar del camino, sin poder señalar exactamente cuándo ni cómo, llegó a creer que ese amor no llegaba hasta él. Que Dios podía, sí. Que Dios había sanado y perdonado y restaurado — en otras épocas, a otras personas, en otras circunstancias. Pero que en su caso específico, con su historia específica, con lo que el sistema religioso o la familia o la vida le habían ido enseñando sobre lo que merecía y lo que no, ese amor tenía un borde. Y él estaba del otro lado de ese borde.

La segunda es la del que no duda del corazón de Dios — ha visto suficiente, ha sentido suficiente, sabe de alguna manera que allá arriba hay alguien que quiere lo mejor para él. Pero que lleva demasiado tiempo enfrentando algo que nadie ha podido resolver. Que ha golpeado todas las puertas disponibles y todas se han cerrado. Que los propios representantes de ese Dios bueno fallaron en el momento más necesario. Y que ahora, parado frente a lo que le queda de esperanza, la pregunta que no puede callar es esta: ¿alcanza tu poder hasta acá? ¿Hasta este caso, hasta esta historia, hasta este sufrimiento que lleva demasiados años sin nombre y sin solución?

Estas dos maneras de llegar con las manos vacías no son posibilidades abstractas. Son retratos. Dos hombres reales, en dos caminos distintos, en dos momentos distintos del mismo ministerio de Jesús. Uno con la piel destruida y el corazón formado por años de exilio religioso. El otro con un hijo que no podía hablar ni oír, y con el agotamiento de quien aprendió a vivir dentro del sufrimiento sin resolución. Los dos llegaron a Jesús con lo que tenían — que era poco y era suficiente.

Lo que este libro intenta hacer es habitar esos dos encuentros. No explicarlos desde afuera sino entrar en ellos, caminar por los mismos caminos que recorrieron esos hombres, sentir el peso de lo que cargaban y la textura exacta de la respuesta que recibieron. Porque la respuesta que Jesús le dio al leproso no fue general — fue específica a la duda específica que él traía. Y la respuesta que Jesús le dio al padre del endemoniado tampoco fue general — respondió exactamente a lo que ese hombre no podía creer del todo.

Jesús siempre responde a la herida exacta. No a la herida que el sistema religioso diagnosticó, no a la herida que uno hubiera esperado tener, sino a la que realmente hay — esa que a veces uno mismo tarda años en poder nombrar.



Yo llegué a Jesús sin una crisis visible. No fue una deuda, ni una enfermedad, ni un duelo, ni una familia rota lo que me empujó hacia él. Mi vida, vista

desde afuera, era lo que muchos llamarían ideal. Pero desde los once años cargaba un vacío que ninguna plenitud exterior podía llenar — un vacío con la forma exacta de algo que no sabía nombrar todavía. Cuando finalmente lo conocí, ese vacío se llenó. Y lo que empecé a contar en mis testimonios no era la historia del vacío sino la de lo que lo llenó: que Jesús era real, que te escuchaba, que te amaba, que respondía, que era maravilloso ser su amigo.

Eso es lo que los dos hombres de este libro descubrieron también. Cada uno a su manera. Cada uno desde su historia. Cada uno con la duda que traía.

Y eso es lo que este libro quiere dejar en el lector — no una doctrina, no un argumento, no una lista de principios espirituales. Solo el eco de lo que Jesús les dijo a estos dos hombres, y la posibilidad de que les esté diciendo lo mismo a quienes los lean. Que puede. Que quiere. Que la duda que uno trae — cualquiera que sea — no es un obstáculo para él sino el punto exacto donde decide responder.

# PANEL I

*El leproso*

# CAPÍTULO I

## *El mundo que se encoge*

Había aprendido a conocer el mundo por su sonido.

Primero el silencio — ese silencio particular de los caminos cuando alguien lo veía venir desde lejos y desviaba el paso sin decir nada, sin mirarlo directamente, como si nombrarlo con los ojos fuera ya demasiado contacto. Luego, a veces, el sonido de las piedras bajo los pies de alguien que apuraba el ritmo. Y después, cuando no había tiempo suficiente para el rodeo, el sonido que había aprendido a odiar más que cualquier otro: el de las voces que se cortaban a mitad de una frase, el silencio repentino de una conversación que había estado viva un momento antes y que moría en el instante en que él cruzaba el umbral de la percepción ajena.

No siempre había sido así.

Había tenido un nombre. Una casa. Un lugar en la sinagoga donde se sentaba los sábados, y personas que lo conocían por algo más que la distancia que abrían al verlo. Había tenido manos que trabajaban, que construían, que alcanzaban las cosas con la confianza natural de quien pertenece al mundo que lo rodea. Había tenido, antes de todo lo demás, la vida ordinaria y sin precio de quien puede caminar por una calle sin calcular cuánto espacio le queda antes de que alguien reaccione.

Todo eso había terminado el día que el sacerdote lo examinó.

No había sido un momento dramático — eso era lo que más le costaba. Lo había esperado con terror durante semanas, mirando esa mancha en el dorso de la mano que al principio quiso creer que era otra cosa. El sacerdote lo había mirado con la eficiencia de quien ha hecho ese gesto muchas veces, había pronunciado la palabra sin levantar los ojos del todo, y había indicado con un gesto breve lo que debía hacer a continuación. Como si lo que acababa de decretar fuera un trámite administrativo y no el fin de una vida.

Tamé. Inmundo.

La ley era precisa en lo que venía después. Ropa rasgada. Cabeza descubierta. El labio superior cubierto. Y la obligación que le resultaba más difícil de cargar que cualquier otra — la de anunciarse. De ser el primero en pronunciar su propia indignidad en voz alta, para que nadie tuviera que descubrirlo por accidente, para que el espacio a su alrededor pudiera organizarse correctamente en torno a su ausencia.

¡Inmundo! ¡Inmundo!

Había días en que las palabras salían como habían salido siempre, con la resignación mecánica de quien repite algo tantas veces que deja de oírlo. Había otros días en que salían de una manera diferente — cargadas de algo que no era solo vergüenza sino también una especie de ira sorda, sin destinatario preciso, que se disolvía antes de tener forma porque no había ningún lugar adonde dirigirla. La ley lo decía. El sacerdote lo había

decretado. El nombre de Dios estaba detrás de todo eso. ¿Cómo se sostiene la ira contra Dios cuando Dios es lo único que queda?



Lo que el sistema religioso le había enseñado sobre Dios no lo había enseñado con palabras directas. Lo había enseñado con la arquitectura misma de lo que le ocurría.

Si estaba enfermo de esta manera, era porque Dios lo había permitido. Si Dios lo había permitido, era porque algo en él lo justificaba. Si algo en él lo justificaba, entonces la distancia que el sistema colocaba entre él y todo lo sagrado — el templo, la sinagoga, la comunidad del pacto — no era una crueldad arbitraria sino el reflejo visible de una distancia más profunda. La distancia entre él y Dios. El mapa que el sistema le daba para interpretar su situación tenía una sola conclusión posible: Dios podía sanarlo. Pero Dios había elegido no hacerlo. Y esa elección decía algo sobre lo que él era a los ojos de Dios.

No era odio lo que Dios sentía — eso habría sido casi más tolerable, porque el odio al menos implica atención. Era algo más frío. Una indiferencia específica. La variedad de indiferencia que se tiene hacia lo que se ha descartado.

Los años fueron pasando con esa certeza instalada en el centro — no como una creencia que hubiera elegido sino como el agua en la que aprendió a

nadar porque no había otra agua. Dios podía. Dios no quería. Él era el tipo de persona respecto de la cual Dios no quería.

Eso era lo que la lepra le había hecho realmente. No la piel. No los nervios destruidos que ya no le permitían sentir el calor o el frío en los lugares donde la enfermedad había avanzado. Lo que la lepra le había hecho era darle al sistema religioso la superficie sobre la cual escribir esa mentira con tinta indeleble, con la autoridad de quien habla en nombre de Dios, en el nombre de la ley, en el nombre de todo lo que desde niño había aprendido a venerar.

El homeless que duerme en una esquina de la ciudad es invisible. La gente aprende a no verlo — la mirada se desliza, el paso no se interrumpe, el espacio entre las personas se organiza como si él no ocupara ninguno. Es una crueldad, pero es la crueldad pasiva de quien borra. Lo que él vivía era diferente. Él no era invisible. Era visto — y la visión producía algo activo, algo que se organizaba en su contra con la eficiencia de un mecanismo que llevaba siglos funcionando. Lo veían y retrocedían. Lo veían y apuraban el paso. Lo veían y cruzaban al otro lado del camino con una urgencia que no necesitaba explicación porque todos entendían, sin que nadie lo dijera, qué significaba ese movimiento.

Era peor que la invisibilidad. Era la presencia activa del rechazo — el rechazo que tenía nombre y protocolo y el respaldo de la ley de Moisés.



Los años habían pasado de esa manera — cada uno parecido al anterior, con la diferencia pequeña y constante del cuerpo que cedía un poco más, que perdía un poco más de lo que había sido. Había aprendido a vivir en los márgenes de las ciudades, en los lugares que nadie quería, con otros que cargaban la misma marca y la misma historia. Habían formado entre ellos una comunidad de la necesidad — no elegida sino decretada, unida por lo que los excluía en lugar de por lo que los unía. Se ayudaban en lo que podían. Se miraban con la familiaridad incómoda de quienes comparten algo que ninguno hubiera elegido compartir.

Fue en esa comunidad donde empezaron a llegar las noticias.

No llegaban de manera ordenada ni verificada — llegaban como llegan las noticias a los que viven en los márgenes, por fragmentos, por versiones que alguien había oído de alguien que estaba cerca cuando ocurrió. Un hombre en Capernaum que había curado enfermedades que los médicos no podían tocar. Una mujer que llevaba doce años con una hemorragia y que se había acercado y había sido sanada. Un paralítico que cargó su camilla por sus propios pies delante de todos. Las historias llegaban distorsionadas por la distancia y por las manos que las habían transmitido, pero había algo en ellas — un detalle, una consistencia — que resistía la tentación de descartarlas como exageración.

Lo que más lo detuvo no fue el milagro en sí. Fue otro detalle, más pequeño, que aparecía en todas las versiones con una constancia que no podía ser

accidental: nadie que había llegado a ese hombre había sido rechazado. Ninguno. El parálítico, la mujer de la hemorragia, el ciego, el que lloraba en el camino — ninguno había recibido un no. El mapa que el sistema le había dado para entender cómo funciona Dios decía que había personas a las que Dios recibía y personas a las que Dios descartaba. Las historias que llegaban decían otra cosa. Decían que ese hombre en Galilea no parecía tener esa categoría. Que a todos los que llegaban, sin importar lo que traían, les respondía.

Pero todos los que llegaban no eran él.

Todos los que llegaban podían llegar. Podían caminar por los caminos sin anunciarse, podían mezclarse con las multitudes, podían acercarse sin que nadie retrocediera. La consistencia del patrón era esperanzadora y cruel al mismo tiempo — esperanzadora porque sugería que había algo real del otro lado, cruel porque él no podía simplemente ir a verificarlo. El mismo sistema que lo había excluido de Dios lo excluía también del acceso a la única persona que parecía representar a un Dios diferente.

Pasó tiempo con esa tensión. La rumiaba en las noches, cuando el dolor en el cuerpo cedía lo suficiente como para dejar espacio al pensamiento. Intentaba resolver el problema — dónde estaría ese hombre, qué caminos tomaba, si había alguna manera de cruzar su senda en algún atajo de los caminos de la montaña, algún lugar fuera de la ciudad donde el protocolo

pudiera ser eludido sin causar el daño que causaría en medio de una multitud.

No era esperanza todavía. Era algo más modesto — la disposición de no cerrar del todo una puerta que nunca había sido abierta del todo.

## CAPÍTULO II

### *La evidencia que mueve los pies*

El día que lo vio por primera vez, no lo vio a él.

Vio lo que hacía. Y eso fue suficiente para empezar.

Estaba a distancia — la distancia que la ley le imponía y que el instinto de años había convertido en hábito, ese espacio vacío que aprendió a mantener entre su cuerpo y cualquier lugar donde hubiera gente, calculado no con medidas sino con la lectura permanente de las caras y los gestos de los que lo rodeaban. Desde ahí, desde ese margen, alcanzaba a ver la orilla del lago y la multitud que se había congregado alrededor de algo que no podía distinguir todavía con claridad.

Luego escuchó. Y luego vio.

Vio a los cojos caminar. Vio a los que habían llegado cargados en camillas bajar por sus propios pies y quedar parados, mirando sus propias manos con la expresión de quien no termina de creer lo que le está pasando. Vio a personas que lloraban — no el llanto del dolor sino el otro, el que sale cuando algo que uno había dejado de esperar de repente ocurre y el cuerpo no sabe cómo procesarlo. Vio todo eso desde el margen, a distancia suficiente como para no provocar el retroceso habitual, y sintió algo que no esperaba sentir.

No era todavía fe. Era algo más parecido a la atención — esa calidad de silencio interior que ocurre cuando algo que se está viendo no encaja con el mapa que uno tiene del mundo y el mapa tiene que empezar a ceder.

Los testimonios que había escuchado de lejos, filtrados por la distancia y por las manos que los habían transmitido, decían que ese hombre sanaba. Lo que sus ojos veían esa tarde a la orilla del lago decía lo mismo — pero con una diferencia que los testimonios no habían podido transmitir. Los testimonios eran palabras. Lo que veía eran cuerpos. Cuerpos que se movían de maneras que no se habían movido antes. Cuerpos que cargaban la evidencia del milagro de una manera que no requería interpretación ni fe previa para ser leída — simplemente estaba ahí, visible, repetida, consistente.

El poder no estaba en duda. Nunca había estado en duda, en realidad — las historias que llegaban a los márgenes no eran el tipo de historias que se inventan, demasiado específicas, demasiado concretas, demasiado verificables por demasiadas personas. Lo que había estado en duda era otra cosa. Lo que había estado en duda era si ese poder — tan evidente, tan real, tan sostenido — llegaría hasta él.



Satanás trabaja con lo que hay.

No necesita inventar materiales nuevos — toma los que ya están en el terreno y los usa. La exclusión estaba ahí, real y documentada. El estigma

estaba ahí, construido con años de miradas y de palabras y de silencios. La multitud que retrocedía estaba ahí, y su movimiento era tan consistente y tan previsible que después de suficientes años uno deja de leerlo como rechazo individual y empieza a leerlo como información sobre lo que uno es. La arquitectura del mundo que lo rodeaba decía, con cada uno de sus elementos, que había un tipo de persona que los milagros alcanzaban y un tipo de persona que quedaba del otro lado.

Él sabía en cuál de los dos lados estaba.

Mientras se acercaba — porque algo en él había tomado la decisión de acercarse, sin que hubiera podido señalar exactamente el momento en que la decisión fue tomada — el movimiento de la multitud empezó a organizarse en su contra con la eficiencia de siempre. No había maldad deliberada en ese movimiento. Era simplemente el mecanismo funcionando — el mismo que había funcionado durante años, el mismo que estaba respaldado por la ley y por la costumbre y por todo lo que todos en ese lugar habían aprendido desde la infancia sobre cómo responder a lo que él era.

Los que lo veían se apartaban. Los que no lo habían visto todavía lo veían cuando estaba demasiado cerca y el movimiento de apartarse llegaba tarde, torpe, con la urgencia de quien necesita crear distancia de inmediato. Algunos lo miraban con horror. Algunos con algo más parecido a la lástima — que en ciertos sentidos era peor, porque la lástima al menos requería

verlo, pero lo veía de una manera que confirmaba todo lo que el sistema había dicho sobre lo que era su situación.

Él no los veía.

No era que los ignorara con esfuerzo. Era que había algo — una atención que se había instalado en él desde que vio a los cojos caminar, una fijeza interior que no era de él del todo sino que lo sostenía desde un lugar que no sabría nombrar — que hacía que todo lo demás quedara fuera del campo. La multitud que retrocedía estaba ahí pero no llegaba. El ruido de los que se alejaban estaba ahí pero no lo alcanzaba. Lo que alcanzaba, lo que atravesaba ese espacio con una claridad que contrastaba con todo el ruido alrededor, era la figura del hombre que estaba al centro de todo eso — el hombre junto al lago, el que ponía las manos, el que no retrocedía.

Veía tan solo al Hijo de Dios. Oía únicamente la voz que infundía vida a los moribundos.

El cuerpo le pesaba. La enfermedad había hecho su trabajo durante años y cada paso era una negociación con lo que quedaba — los nervios que ya no respondían como antes, los músculos que compensaban lo que los primeros ya no podían hacer, el equilibrio que requería atención en cada superficie irregular del camino. Avanzaba con esfuerzo. Pero avanzaba. Porque la única alternativa era detenerse. Y detenerse significaba quedarse con lo que había tenido siempre — el margen, la distancia, el mapa del mundo que

decía que él era exactamente el tipo de persona respecto de la cual Dios no quería.

Había recibido suficientes no en su vida. Uno más no lo iba a destruir más de lo que ya estaba destruido.

Pero un sí lo cambiaría todo.



La lógica que lo había movido era simple y honesta — del tipo de lógica que emerge no del razonamiento sino de la observación acumulada de alguien que ya no tiene nada que perder salvo una última reserva de esperanza que decide usar.

Había visto a ese hombre responder a todos los que llegaban. No había visto una sola excepción. La consistencia del patrón era verificable — no por un testimonio aislado sino por docenas de ellos, cada uno independiente, cada uno apuntando en la misma dirección. El amor no estaba en duda. Lo que estaba en duda era si ese amor tenía un límite. Si había una categoría de persona que quedaba fuera. Si él era esa categoría.

Había una sola manera de saberlo.

Cuando finalmente se postró — cuando las rodillas tocaron el suelo y el cuerpo encontró esa posición que no era solo física sino la posición de alguien que entrega lo poco que le queda — las palabras que salieron no

fueron las de un hombre que cree del todo. Fueron las de un hombre que no puede creer del todo pero que decide moverse de todas formas en la dirección de lo que quisiera poder creer.

Y sin embargo preguntó.

Postrado en el camino, con el cuerpo que la enfermedad había ido reduciendo, con años de no encima, con la multitud retrocediendo a su alrededor — las palabras que salieron fueron cuatro. Si quieres, puedes limpiarme. Pero lo que su corazón estaba diciendo en realidad era otra cosa. Era esto:

¿Me querés?

¿Me amás?

¿Te importo?

Ojalá que sí.

La pregunta quedó en el aire.

Y Jesús no retrocedió.



Yo llegué a Jesús con una pregunta parecida, aunque no la sabía formular todavía.

No tenía lepra. No tenía ninguna crisis visible que justificara lo que hice esa noche — mirar al cielo desde un lugar de desesperación que no tenía nombre preciso y decir en voz alta, a nadie en particular, a todo lo que pudiera estar escuchando: si existís, ayúdame. Porque no doy más.

No era fe. Era el límite. Era la honestidad de alguien que ya no tiene energía para mantener la fachada de que todo está bien cuando por adentro hay algo que no encuentra dónde encajar, algo que ninguna plenitud exterior había podido llenar desde los once años — un vacío con la forma exacta de algo que todavía no tenía nombre.

Pasó un año antes de que la respuesta llegara de manera visible. Un año que no fue silencio — fue preparación. Jesús puso en ese tiempo una psicóloga que me enseñó a abrir el corazón completamente, sin guardarme nada, sin filtrar lo que salía por el miedo a lo que el otro pensaría. Esa habilidad — abrirse sin reservas, decir lo que hay en lugar de lo que uno quisiera que hubiera — la aprendí ahí. Y luego la llevé entera a la relación con Jesús. Sin saber que estaba siendo preparado para eso. Sin saber que el año que sentí como espera era en realidad el año en que el suelo estaba siendo removido para que la semilla encontrara tierra fértil cuando llegara.

La respuesta llegó a través de un compañero de trabajo. Me contó que había hecho una oración — una sola, específica, con palabras que yo reconocí de inmediato porque eran las mismas que yo había usado un año antes. Había pedido que si alguien miraba al cielo preguntando si Dios existía, Jesús se lo

enviara para poder contarle cómo tener una relación con él. Era exactamente mi oración. El mismo gesto. La misma desesperación vuelta hacia arriba sin saber bien a quién. Y Jesús había estado conectando los dos extremos de ese hilo durante doce meses, en silencio, sin anunciarlo, preparando el terreno de los dos lados antes de tender el puente.

El leproso no sabía si Jesús lo quería. Yo no sabía si Jesús existía. Los dos hicimos lo mismo — nos movimos en la dirección de lo que quisimos que fuera verdad, con lo poco que teníamos, desde el límite. Y los dos recibimos la misma respuesta, aunque llegó de maneras completamente distintas.

Que sí. Que existía. Que quería. Que había estado ahí todo el tiempo.

## CAPÍTULO III

### *Quiero*

Jesús no retrocedió.

Eso fue lo primero. Antes de cualquier palabra, antes de cualquier gesto, antes de que ocurriera nada de lo que iba a ocurrir a continuación — Jesús no retrocedió. En un mundo que había organizado cada uno de sus mecanismos para producir ese movimiento, para garantizarlo, para hacerlo tan automático que nadie tuviera que pensarlo — Jesús se quedó quieto donde estaba y dejó que el hombre llegara.

Era una respuesta en sí misma. Todavía no había dicho nada. Todavía no había extendido la mano. Pero el solo hecho de no moverse en la dirección contraria — el solo hecho de que el espacio entre los dos se cerrara sin que Jesús interviniera para impedirlo — ya estaba desmintiendo algo. Estaba desmintiendo el mapa. Estaba diciendo, con el único lenguaje que no puede ser falsificado porque es el lenguaje del cuerpo, que lo que el sistema había enseñado sobre cómo Dios responde a cierto tipo de personas no era necesariamente la última palabra sobre el tema.

El hombre estaba postrado. La multitud a su alrededor había abierto un espacio — no por respeto sino por el mecanismo de siempre, ese movimiento automático de quien necesita distancia. Y en el centro de ese espacio abierto por el horror ajeno, Jesús y el leproso se miraron.

Lo que ocurrió entonces Marcos lo registra con un orden que no es accidental.

Primero una emoción. Luego un gesto. Luego una palabra.

No al revés.



Antes de extender la mano. Antes de pronunciar una sola sílaba. Antes de que ocurriera nada visible para los que miraban desde afuera — algo ocurrió adentro de Jesús. Algo que los manuscritos más antiguos registran con una palabra que los traductores han debatido durante siglos porque no es la palabra cómoda, no es la palabra que uno esperaría en este lugar, no es la palabra que el sistema religioso de ninguna época ha sabido del todo qué hacer con ella.

Jesús se conmovió en las entrañas.

No en la cabeza. No en la voluntad. En las entrañas — ese lugar que el primer siglo reconocía como el centro físico de las emociones más profundas, el lugar desde donde sube lo que no se puede contener, lo que no pasa por el filtro del razonamiento antes de llegar a la superficie. Lo que Marcos registra no es que Jesús tomó la decisión compasiva de ayudar a este hombre. Registra que algo en Jesús respondió a este hombre antes de que Jesús hiciera nada. Que el movimiento fue de adentro hacia afuera — desde

las entrañas hacia la mano extendida, desde la emoción hacia el gesto, desde el corazón hacia la palabra.

Eso cambia todo.

Un Dios que ayuda desde la distancia clínica es impresionante. Un Dios que evalúa el caso, considera las circunstancias, decide que la intervención es apropiada y procede con eficiencia — ese Dios es poderoso. Pero no es esto. Lo que Marcos registra es otra cosa — es un Dios que siente antes de actuar, que es movido antes de moverse, que tiene algo adentro que responde al sufrimiento de este hombre con una urgencia que no espera el análisis.

El orden emocional de Jesús en este momento es en sí mismo una declaración teológica. Dice que lo que mueve a Dios hacia el que sufre no es el cumplimiento de un protocolo sino el afecto. Que hay en el corazón de Dios algo que se mueve cuando ve a alguien postrado en un camino con años de no encima y la pregunta más vulnerable que existe todavía sin respuesta.

Algunos manuscritos dicen que Jesús estaba indignado. Que lo que sintió no fue solo ternura sino algo más parecido a la ira — la ira de quien ve lo que el sistema ha hecho con este hombre y reconoce en eso una distorsión del carácter de su Padre que no puede dejar sin respuesta. Esa lectura no contradice la compasión — la amplifica. Jesús puede estar visceralmente conmovido por el hombre y furioso por lo que le hicieron al mismo tiempo.

El amor y la indignación no se excluyen cuando lo que produjo el sufrimiento fue una mentira pronunciada en el nombre de Dios.

Pero antes de que cualquiera de esas emociones encontrara forma en una palabra, encontró forma en un gesto.



Extendió la mano y lo tocó.

En el sistema de pureza del primer siglo, la dirección del contagio era unidireccional — de lo impuro hacia lo puro, nunca al revés. Tocar a un leproso te hacía impuro a vos. Era una ley física del mundo espiritual, tan establecida y tan incuestionada como la gravedad. Todo el mundo lo sabía. Los sacerdotes lo sabían. Los discípulos lo sabían. La multitud que había abierto ese espacio alrededor del leproso lo sabía — era exactamente eso lo que el movimiento automático de apartarse estaba honrando.

Jesús extendió la mano y tocó.

No después de la sanidad, cuando ya habría sido seguro y socialmente aceptable. Antes. Con la lepra todavía ahí, visible, activa, declarada por los sacerdotes con el nombre de Dios detrás de la declaración. En el momento de mayor riesgo ritual, en el momento donde el código de pureza era más claro y más absoluto — Jesús eligió ese momento para hacer contacto.

La dirección del contagio se invirtió.

Lo que fluyó de Jesús hacia el leproso no fue impureza — fue lo contrario de la impureza. La pureza de Jesús no se contaminó con lo que tocó. Al contrario — lo que Jesús tocó cambió. Como si la naturaleza de lo que Jesús era fuera incompatible con la enfermedad, como si el contacto con él reorganizara la realidad alrededor del punto de encuentro en lugar de ser reorganizado por ella.

Pero antes de que eso ocurriera, antes de que la piel cambiara, antes de que la enfermedad cediera — este hombre que llevaba años sin ser tocado sintió una mano. Una mano real, con el peso y el calor de algo que no había sentido desde hacía demasiado tiempo. No la mano del sacerdote que lo examinó con la eficiencia de un trámite. No la mano de alguien obligado por circunstancias a hacer contacto. La mano de alguien que eligió extenderla. Que la extendió primero, antes de decir nada, antes de ordenar nada — como si el toque en sí mismo fuera parte de lo que necesitaba ser dicho y las palabras solas no fueran suficientes.

Jesús conocía los lenguajes del amor.

Este hombre necesitaba el toque antes de la palabra porque había partes de él que las palabras no podían alcanzar todavía — partes que solo podían ser alcanzadas por el contacto físico, por la evidencia en el cuerpo de que alguien no retrocedía. La teología más sofisticada del mundo no habría podido hacer lo que hizo ese toque. Años de distancia institucionalizada, de espacio vacío alrededor del cuerpo como política religiosa, de un mundo

entero organizado para garantizar que nadie se acercara — todo eso tenía su respuesta en ese gesto antes de tener su respuesta en ninguna palabra.

Y luego vinieron las palabras.

Dos. En el original griego, dos palabras que no dejaban espacio para la ambigüedad ni para la interpretación ni para la duda sobre a quién iban dirigidas y qué estaban respondiendo exactamente.

Quiero. Sé limpio.

La primera respondía la pregunta. La única pregunta que este hombre había traído desde lejos, la que había formulado con cuatro palabras pero que en el fondo decía algo mucho más simple y mucho más brutal. ¿Me querés? ¿Me amás? ¿Te importo? Jesús tomó la raíz exacta de la pregunta y la devolvió como afirmación. No te estoy tolerando. No estoy cumpliendo una obligación. No estoy haciendo una excepción a regañadientes. Quiero. Hay en mí algo que se mueve hacia vos, que quiere ocuparse de lo que te ocurre, que eligió esta mano y estas palabras porque vos — vos específicamente, con tu historia específica y tu cuerpo específico y los años específicos de lo que te hicieron — existís para mí de una manera que importa.

La segunda era la consecuencia de la primera. Si quiero, entonces: sé limpio. El poder sigue a la voluntad. La sanidad sigue al amor. No al revés.



Y al instante la lepra se fue de él.

Marcos lo dice con la brevedad de lo que no necesita elaboración. La lepra se fue. No cedió gradualmente, no mejoró con el tiempo, no requirió un proceso de verificación antes de ser declarada resuelta. Se fue. En el mismo instante en que la palabra salió — en el mismo instante en que el quiero encontró forma audible en el aire entre los dos — lo que había tardado años en construirse se deshizo en un momento.

Pero la sanidad real no estaba en la piel.

La piel era la consecuencia visible de algo que había ocurrido más adentro — en ese lugar donde la mentira había estado instalada durante años con la autoridad de lo sagrado detrás de ella. La mentira que decía que él era el tipo de persona respecto de la cual Dios miraba hacia otro lado. La mentira que el sistema religioso había pronunciado con el nombre de Dios y que se había ido instalando, año a año, exilio a exilio, obligación a obligación, hasta volverse indistinguible de la verdad.

Jesús no solo sanó la piel. Arrancó la mentira de raíz.

Lo que este hombre se llevó de ese camino no fue solo un cuerpo restaurado. Se llevó una imagen de Dios completamente diferente a la que el sistema le había dado. Un Dios que se conmueve en las entrañas antes de actuar. Un Dios que toca antes de hablar. Un Dios que dice quiero antes de decir sé limpio. Un Dios que no espera que vos te arregles para acercarse — que se

acerca mientras todavía estás en el peor momento, con la peor versión de lo que sos, con la pregunta más vulnerable que existe todavía sin respuesta.

Esa imagen era el verdadero milagro. Y era también el testimonio más poderoso que este hombre iba a poder contar.



Jesús le dio una instrucción precisa antes de dejarlo ir. Que no contara nada todavía. Que fuera directamente al sacerdote — al mismo sistema que lo había declarado impuro, que había usado el nombre de Dios para construir la distancia — y se presentara según el protocolo que mandaba la ley de Moisés. Que dejara que el proceso oficial siguiera su curso antes de que la noticia se esparciera.

Había razones precisas para ese pedido. Si la historia circulaba sin control, la gente vería en Jesús lo que quería ver — un libertador político, alguien que expulsara a Roma y restaurara el reino davídico con el poder que acababa de demostrar. El testimonio de la sanidad, en cambio, tenía que llegar primero a los sacerdotes. Porque los sacerdotes eran los únicos en Israel autorizados para declarar limpio a un leproso. Y si lo declaraban limpio — si usaban sus propias manos, sus propios ojos, su propio protocolo — se convertirían sin poder evitarlo en testigos oficiales de algo que el rabinismo consideraba tan difícil como resucitar a un muerto.

Los mismos sacerdotes que lo habían condenado al exilio iban a tener que certificar, con su propia voz y con su firma ritual, que Dios había hecho lo que ellos nunca pudieron hacer.

Jesús estaba plantando una semilla en el campo más resistente posible. No con un argumento — con un cuerpo. Con la piel restaurada de un hombre que el sistema había declarado intocable y que ahora tendría que ser examinado, tocado, certificado por los mismos representantes del sistema. No podrían ignorarlo. No podrían delegarlo. Tendrían que mirarlo de cerca y pronunciarse. Y en ese acto, sin quererlo, estarían certificando quién era Jesús.

El hombre escuchó la instrucción. Y salió. Y contó todo a todos.

Marcos lo registra sin juzgarlo. No hay en el texto ninguna palabra de condena, ninguna corrección retroactiva. Simplemente lo cuenta — el hombre salió y proclamó el milagro en todas partes, y como consecuencia Jesús ya no podía entrar públicamente en las ciudades y tenía que quedarse en los lugares despoblados, adonde la gente igual seguía yendo a buscarlo.

No lo hizo por rebeldía. Lo hizo porque había años de silencio forzado, de vergüenza institucionalizada, de un mundo entero organizado para garantizar que su voz no llegara a ningún lugar — y de repente alguien lo había mirado, lo había tocado, le había dicho quiero, y eso simplemente no se puede guardar. No porque uno no quiera obedecer. Sino porque hay cosas que son demasiado grandes para el recipiente.

La ironía es perfecta y Marcos la deja ahí sin subrayarla: el que había vivido en el desierto entra a la ciudad. El que había estado en la ciudad predica en el desierto. Los lugares se intercambian. Los roles se invierten. Y el Reino de Dios sigue avanzando — no porque sus beneficiarios sean perfectos sino porque Él es fiel.



Lo que más me detiene de esta historia es lo que ocurrió después. Mucho después.

Cuando esos sacerdotes examinaron al hombre — cuando usaron sus propias manos para tocar la piel que el demonio había destruido y que Jesús había restaurado, cuando pronunciaron con sus propias bocas la declaración de pureza — algo quedó en ellos. No se convirtieron ese día. No salieron corriendo a seguir a Jesús. El sistema los sostenía con demasiada fuerza como para que un solo caso, por extraordinario que fuera, lo desmontara de inmediato.

Pero algo quedó.

Una imagen. Una memoria en las manos. El recuerdo de una piel que no tenía explicación dentro del mapa que el sistema les había dado para interpretar el mundo. Y años después, cuando el evangelio completo llegó a sus oídos — después de la crucifixión, después de la resurrección, después

de Pentecostés — ese recuerdo fue parte del suelo donde la nueva semilla cayó.

Lucas lo registra en el libro de los Hechos con una frase que parece pequeña y que no lo es: una gran multitud de sacerdotes obedeció a la fe.

El leproso nunca supo eso. Nunca supo que su presentación ante los sacerdotes iba a ser parte de lo que movió esos corazones años después. Nunca supo cuántos ni quiénes. Nunca pudo medir el alcance de lo que Jesús hizo con su historia. Solo pudo contar lo que le había pasado — con la urgencia de quien no puede callarlo, con la imprecisión inevitable de quien transmite algo demasiado grande para las palabras disponibles — y dejar que lo que contara llegara adonde llegara.

Yo entiendo eso.

Durante un tiempo compartí mis testimonios en audios de WhatsApp. El problema era que tenían fecha de vencimiento — al mes o dos meses desaparecían, y lo que había ocurrido quedaba solo en la memoria de los que lo habían recibido a tiempo. Luego intenté escribirlos, pero el escrito perdía algo — la emoción, la textura del momento, la voz que es parte de lo que se está contando. Le pedí a Jesús que me mostrara la manera correcta. No pedí una plataforma específica ni una tecnología determinada — pedí el formato que permitiera que cada testimonio tuviera su número, su título, que fuera fácil de compartir y que no se venciera.

Un tiempo después me escribió un hermano de la iglesia. Me dijo, con palabras que yo reconocí de inmediato porque eran exactamente las que había usado en esa oración: ¿por qué no te creás un podcast en Anchor FM? Ahí podés subir los audios, ponerles número y título, y compartirlos fácilmente.

Era exactamente lo que había pedido. Sin que yo hubiera mencionado nada de lo que había orado, sin que ese hermano supiera que estaba siendo la respuesta a una pregunta que yo le había hecho a Jesús — llegó con las palabras exactas.

Ahora están en Spotify. Se llama Jesús y yo. Y cada vez que termino de grabar uno y lo subo, pienso lo mismo que probablemente pensaba el leproso cada vez que contaba su historia a alguien nuevo: no sé hasta dónde va a llegar esto. No sé quién lo va a escuchar ni en qué momento de su vida lo va a encontrar ni qué va a hacer con lo que encuentre. No tengo manera de medir el alcance. Solo puedo contar lo que me pasó y dejar que llegue adonde llegue.

El leproso no supo que su testimonio formó parte de lo que movió a una gran multitud de sacerdotes hacia la fe. Yo no sé lo que mis audios están haciendo en los lugares donde llegan. Ninguno de los dos necesitaba saberlo para seguir contando.

La semilla no controla hasta dónde llega. Solo acepta ser plantada.



## PUENTE

### *Dos preguntas, el mismo camino*

Hay una distancia entre los dos hombres de este libro que no es solo de tiempo ni de geografía.

Uno llegó desde afuera. El sistema lo había expulsado, le había dado un nombre para lo que era y un lugar en el margen para que ocupara, y él había aprendido a vivir dentro de esa definición hasta que algo — la consistencia de un patrón, la urgencia de una última reserva de esperanza — lo movió hacia el centro. Llegó con la pregunta del amor. No del poder — eso lo había visto con sus propios ojos y no estaba en duda. La pregunta que traía era más pequeña y más devastadora que cualquier pregunta sobre el poder: ¿me querés? ¿Llego a ser alguien para vos? ¿O soy exactamente lo que el sistema me dijo que era — el tipo de persona respecto de la cual Dios mira hacia otro lado?

El otro llegó desde adentro. No había sido expulsado — había cargado su sufrimiento dentro de la comunidad, visible y juzgado, con el estigma instalado no en su propio cuerpo sino en el de su hijo. Conocía el amor de Dios de una manera que el leproso no conocía todavía — lo conocía desde adentro, desde su propio corazón de padre que amaba sin condiciones a alguien que no podía corresponderle. Lo que no sabía era si el poder de Dios alcanzaba hasta acá. Hasta este caso específico que llevaba demasiados años

sin solución. Hasta lo que sus propios representantes habían intentado resolver y no habían podido.

Dos hombres. Dos preguntas opuestas. El mismo camino.

Porque el camino que los dos recorrieron para llegar a Jesús tiene la misma forma aunque los detalles sean completamente distintos. Los dos llegaron con fe incompleta. Los dos llegaron con la duda incluida en la pregunta — no escondida, no disimulada, sino ahí, en la superficie, formulada con las palabras más honestas que cada uno tenía disponibles. Los dos recibieron de Jesús no una respuesta genérica sino la respuesta exacta a la duda exacta que traían. Y los dos se fueron transformados — no solo en lo visible sino en lo más profundo, en el lugar donde la imagen de Dios se forma y desde donde organiza todo lo demás.

Jesús no tiene una sola respuesta para todos. Tiene la respuesta que cada uno necesita escuchar — pronunciada en el lenguaje que cada uno puede recibir, en el momento que cada uno puede recibirla, con la precisión de quien conoce la herida desde adentro antes de que el herido termine de describirla.

Lo que viene a continuación es la segunda historia. Distinta en cada detalle. Idéntica en lo que importa.

## **PANEL II**

*El padre del endemoniado*

## CAPÍTULO IV

### *Desde niño*

Había una época que ya no podía recordar sin que doliera.

No porque fuera un recuerdo malo. Sino porque era un recuerdo bueno — y los recuerdos buenos, cuando el presente es lo que era su presente, duelen de una manera que los malos no pueden. Los malos al menos son consistentes con lo que uno tiene ahora. Los buenos son el contraste. Son la evidencia de que hubo un antes, de que las cosas no siempre fueron así, de que en algún momento de la historia de esta familia había habido algo que podría llamarse normalidad.

Recordaba a su hijo antes del demonio.

No sabía exactamente cuándo había empezado — eso también era parte del peso, esa imposibilidad de señalar un momento preciso y decir: acá. Acá fue donde todo cambió. Había sido gradual, o al menos así lo recordaba — primero algo pequeño que podía atribuirse a otra cosa, luego algo más difícil de ignorar, luego el primer episodio que no tenía ninguna otra explicación posible. Y para cuando la realidad de lo que estaba ocurriendo se volvió innegable, el antes ya había quedado demasiado lejos para volver a él.

Recordaba a su esposa también. Aunque ese recuerdo lo guardaba de otra manera — más adentro, más protegido, como se guardan las cosas que uno no puede darse el lujo de sacar con frecuencia porque el costo de hacerlo es

demasiado alto para lo que queda de energía después de un día de lo que era su vida. Su ausencia era parte del peso que nadie veía desde afuera. Todos podían ver al hijo. Todos podían ver la condición, los episodios, la destrucción visible que el demonio hacía en el cuerpo del muchacho. Nadie veía la otra ausencia — la de la persona con quien se supone que uno divide ese peso, la que se queda despierta con vos en las noches de vigilancia, la que puede mirarte cuando todo lo demás falla y decirte algo que valga la pena escuchar.

Él cargaba solo. Y llevaba suficiente tiempo cargando solo como para haber aprendido a no pensarlo demasiado, porque pensarlo no cambiaba nada y el peso seguía estando ahí de todas formas.



Lo que el estigma hace no es solo aislar. Construye una narrativa.

En el mundo del primer siglo, la desgracia tenía una explicación teológica que el sistema religioso proveía con la eficiencia de quien ha repetido el mismo argumento tantas veces que ya no lo examina — simplemente lo aplica. Si un hijo estaba endemoniado, era porque algo en la familia lo justificaba. Quizás el padre. Quizás la madre. Quizás el hijo mismo, cargando las consecuencias de algo que había hecho o que había dejado de hacer o que había pensado en el momento equivocado. La teología popular del primer siglo no toleraba el sufrimiento sin culpable — necesitaba uno, y si no lo encontraba lo inventaba.

Este hombre lo había escuchado todo. No siempre con palabras directas — a veces con el silencio particular de quienes dejan de incluirte en las conversaciones que importan. A veces con la mirada que dura un segundo de más cuando el hijo tiene un episodio en público. A veces con los comentarios que llegan de tercera mano, filtrados por dos o tres versiones antes de alcanzarlo, pero reconocibles de todas formas porque el argumento de fondo siempre era el mismo: esto no ocurre por accidente. Algo hicieron.

Él sabía lo que había hecho. Había amado a su hijo con todo lo que tenía. Había velado sus noches, había alejado su cuerpo del fuego y del agua cada vez que el demonio lo intentaba, había buscado ayuda en cada lugar donde la ayuda parecía posible. Había hecho todo eso solo, sin la ayuda idónea que ya no estaba, con el agotamiento acumulado de quien aprendió a funcionar dentro del dolor crónico porque no había alternativa.

Pero la culpa no necesita evidencia para instalarse. Necesita un vacío — y el dolor crónico produce exactamente eso, un vacío donde las preguntas sin respuesta encuentran el espacio para crecer. ¿Qué hice mal? ¿Qué dejé de hacer? ¿Hay algo en mí que produjo esto? El sistema le proveía las respuestas implícitas. Él las rumiaba en las noches de vigilancia, entre un episodio y el siguiente, en ese espacio de agotamiento y silencio donde los pensamientos que uno preferiría no tener encuentran la condición perfecta para quedarse.

Y sin embargo amaba a su hijo.

Con la clase de amor que no depende de lo que el otro puede devolver. El hijo no podía hablarle — el demonio le había robado la voz. No podía oírlo — le había robado también eso. No podía ser instruido en la fe de sus padres, no podía escuchar las historias de la liberación de Egipto o los salmos de David o las promesas de los profetas que este padre habría querido transmitirle. Todos los canales normales de comunicación estaban bloqueados por la misma entidad que usaba el cuerpo del muchacho para intentar matarlo.

Y el padre lo amaba de todas formas. Sin condiciones. Sin rendimiento. Sin la posibilidad siquiera de saber si ese amor llegaba a algún lugar adentro del hijo o se perdía en el silencio que el demonio había instalado entre los dos.

Fue precisamente ese amor — ese amor que continuó sin reciprocidad, que se sostuvo sin garantías, que eligió al hijo una y otra vez en las noches de fuego y de agua — el que le enseñó algo sobre Dios que ningún rabino le había podido enseñar. Porque había noches en que, velando al hijo que no podía hablarle ni escucharlo, este padre pensaba en lo que él mismo estaba haciendo — en la clase de amor que estaba eligiendo ejercer, en la disposición de dar todo por alguien que no podía corresponder — y algo en él reconocía ese movimiento. Lo había visto descrito en otro lugar. Lo había escuchado hablar en un lenguaje que no era el de la teología académica sino el del corazón que se mueve antes de razonar.

El amor que él sentía por su hijo era una imagen. Una imagen imperfecta, limitada por la naturaleza pecaminosa que él mismo reconocía en sí mismo — pero una imagen al fin. Y la imagen apuntaba hacia algo más grande que ella misma.

Si él, con todo lo que era y con todo lo que no era, amaba así a su hijo — ¿cómo amaba Dios?



Esa pregunta lo había sostenido en los años de no solución.

No la había resuelto. No tenía una respuesta teológica articulada que pudiera defender en una discusión. Pero la tenía instalada en algún lugar más profundo que la argumentación — en ese lugar donde las cosas se saben sin poder explicar completamente cómo se saben. Dios era bueno. No con la bondad fría de quien cumple una obligación sino con algo más parecido a lo que él sentía cuando miraba a su hijo en los momentos de calma, en los espacios entre episodios donde el muchacho era simplemente un muchacho y el padre podía ver en él algo de lo que había sido antes y algo de lo que podría llegar a ser.

Eso lo distinguía del leproso. El leproso había llegado a Jesús sin saber si Dios quería. Este hombre llegó sabiendo que Dios quería — lo sabía desde adentro, desde su propio corazón de padre. Lo que no sabía era si el poder de Dios era suficiente para esto. Para un caso que llevaba desde niño sin

resolverse. Para lo que los médicos no habían podido tocar y los exorcistas no habían podido vencer y ahora, ese mismo día, los propios discípulos de Jesús habían intentado y fallado en público.

Había ido a los discípulos primero. Había visto el fracaso con sus propios ojos — el intento, el esfuerzo genuino, y luego el resultado que no era el que necesitaba. Y lo que ese fracaso había hecho a su fe no era haberla destruido sino haberla herido de una manera específica. No dudaba del amor. Dudaba del poder. Dudaba de si lo que Jesús tenía era cualitativamente diferente a lo que sus discípulos tenían — o si era simplemente más de lo mismo, más autoridad delegada del mismo tipo que había fallado frente a sus ojos.

La duda tenía forma precisa. Y la pregunta que iba a formularle a Jesús cuando finalmente lo tuviera enfrente iba a tener esa misma forma.



Yo aprendí lo que es amar a un hijo sin poder controlar lo que le pasa.

Hubo una noche en que lloré a los pies de Jesús por la salvación de mi hijo. No porque su vida estuviera en peligro visible, sino porque, como padre, lo que más quiero para la persona que más amo es su felicidad y salvación: estar juntos en el cielo. Solo podía amar y orar y confiarle a Jesús lo que no estaba en mis manos.

En esa noche, después de derramar todo, llegó algo. No una voz en el sentido literal — una impresión que se instaló en el centro del pecho con la suavidad

y la firmeza de algo que siempre estuvo ahí esperando ser recibido. Jesús me preguntó algo. Me dijo: si vos, con la naturaleza pecaminosa que tenés, amás a tu hijo de esta manera y te ocupás de su salvación con esta intensidad — ¿qué te imaginás que siento yo por él? ¿Cuánto más lo amo yo? ¿Cuánto más ocupado estoy en lo que te preocupa?

Era el mismo argumento que este padre había construido solo en las noches de vigilancia. El amor humano como imagen — imperfecta, limitada — del amor de Dios. Y la conclusión que la imagen sugería: si esto es lo que siente una criatura limitada y pecaminosa por su hijo, lo que siente Dios excede eso en una proporción que no tiene nombre en ningún idioma humano.

Luego, en uno de esos momentos de meditación que Jesús usa para hablar sin usar palabras, estaba leyendo el capítulo de El Deseado de Todas las Gentes sobre la curación del hijo del noble. Y cuando llegué al momento en que Jesús le dice al padre ve, tu hijo vivirá — sentí un flechazo en el pecho. No estaba leyendo sobre ese padre. Jesús me estaba hablando a mí. Tranquilo, Nicolás. Tu hijo vivirá.

No tenía todavía la evidencia. La certeza llegó antes que la evidencia — llegó en ese flechazo, en esa impresión que no era razonamiento sino algo más parecido a lo que siente el leproso cuando ve a Jesús no retroceder. Y tuve que aprender a sostener esa certeza en el tiempo al medio, en el espacio entre lo que Jesús había dicho y lo que todavía no podía ver.

Hubo otro momento, en una reunión de oración del ministerio de Momentos a Solas con Cristo. Una chica contó su testimonio — cómo había caído en un pozo sin fondo, cómo había llegado a pedirle a su padre que dejara de orar por ella, cómo había llegado a pedirle a Dios que la dejara de molestar. Y cómo Jesús la había amado de todas formas, a través de las oraciones del padre y del tiempo, hasta que ella volvió. Una mujer en esa reunión, escuchando ese testimonio, dijo en voz alta lo que yo también necesitaba escuchar: con esto me quedo tranquila con respecto a la salvación de mis hijos. Porque veo cómo Jesús los va a buscar a todos lados.

Ese fue el flechazo final. Dejar a Jesús ocuparse. Seguir siendo el padre que había sido — con los aciertos y los errores, con la relación íntima con Jesús que siempre quise tener — y confiar en que los hijos se llevan más lo que ven que todo lo que se les puede decir. Que hay más predicación en un hijo que ve a su padre orar, que ve a su padre contar lo que Jesús le hizo, que ve a su padre deleitarse en las Escrituras — que en todos los sermones y lecciones morales que ese padre pueda pronunciar.

Este hombre que iba camino a encontrarse con Jesús no sabía todavía nada de eso. Solo sabía que amaba a su hijo más de lo que podía expresar, que llevaba desde niño cargando algo que nadie había podido resolver, y que había una sola puerta que todavía no había probado.

Fue hacia ella.

## CAPÍTULO V

*Si puedes*

Llegó en el peor momento posible.

No porque Jesús no estuviera disponible — Jesús siempre estaba disponible, esa era una de las pocas certezas que este hombre traía consigo después de todo lo que había oído. Llegó en el peor momento posible porque lo que encontró cuando llegó no era la imagen de autoridad y poder que necesitaba ver. Era su opuesto exacto.

Los discípulos de Jesús estaban rodeados.

Una multitud se había congregado alrededor de ellos, y en el centro de esa multitud había escribas — los guardianes del sistema, los expertos en la ley, los mismos que habían construido y administrado durante siglos el argumento de que un hijo endemoniado era evidencia de la culpa de alguien. Estaban interrogando a los discípulos con la eficiencia de quien tiene experiencia en encontrar las grietas de un argumento y ampliarlas hasta que el argumento colapsa. Y los discípulos estaban ahí, en el centro de ese interrogatorio, con el fracaso todavía fresco — el intento fallido de echar al demonio, el niño que seguía igual, la autoridad delegada que no había funcionado cuando más la necesitaban.

Este padre había visto todo eso.

Había llegado con su hijo, había encontrado a los discípulos, había explicado la situación y había pedido lo que necesitaba. Y ellos habían intentado. Eso había que reconocerlo — no se habían negado, no habían dicho que el caso estaba fuera de su jurisdicción, no habían declarado la impotencia de entrada. Habían intentado con lo que tenían. Y lo que tenían no había sido suficiente.

El intento fallido era, en cierto sentido, más devastador que una negativa. Una negativa podía atribuirse a la falta de disposición. El fracaso después del intento decía algo diferente — decía que había algo en esta situación que superaba la capacidad de los representantes de Jesús. Y si superaba la capacidad de sus representantes, la pregunta que se imponía sola, sin que nadie tuviera que formularla en voz alta, era esta: ¿superaba también la capacidad de Jesús?

Esa pregunta era la herida. No la duda sobre el amor — ese lo conocía desde adentro, desde su propio corazón de padre que amaba sin condiciones. La herida era sobre el poder. Si estos hombres que seguían a Jesús, que habían recibido su autoridad, que habían salido en su nombre a hacer exactamente esto — si estos hombres habían intentado y no habían podido, ¿qué garantizaba que Jesús mismo pudiera?



Lo que los discípulos habían hecho mal no era difícil de diagnosticar desde afuera. Pero era casi imposible de ver desde adentro cuando uno está en el medio.

Habían salido a enfrentar algo que requería una conexión específica con Jesús — el tipo de conexión que no se improvisa, que no se activa en el momento de necesitarla si no se ha estado cultivando en los momentos anteriores. Y ellos no la habían estado cultivando. Habían estado haciendo otra cosa — rumiando un agravio personal, alimentando los celos que había producido en ellos la elección de Jesús de llevar a tres al monte y dejar a nueve en el valle. Pedro, Jacobo y Juan habían subido. Ellos se habían quedado. Y en lugar de usar ese tiempo en el valle para orar, para meditar, para mantener encendida la conexión que hace que la autoridad delegada tenga poder real detrás — lo habían usado para alimentar la herida del orgullo.

Con ese corazón lleno de desaliento y de agravio habían salido a enfrentar al demonio más resistente del relato.

No era falta de técnica. No era falta de conocimiento. Era falta de comunión. Era la lámpara que intenta encenderse sin estar conectada a la corriente — la forma es correcta, el gesto es correcto, pero no hay fuente. Y sin fuente no hay luz. Y sin luz no hay poder real para el valle, por más que en el monte uno haya tenido experiencias extraordinarias o por más que en el pasado la lámpara haya funcionado.

La iglesia que se desconecta de Jesús no solo se vuelve impotente. Se vuelve un obstáculo. Porque las personas que llegan a ella con sus situaciones más desesperadas — los que cargan desde niño algo que nadie ha podido resolver, los que han agotado todas las otras puertas antes de llegar a esta — esas personas merecen encontrar algo real del otro lado. Y cuando no lo encuentran, lo que se lleva no es solo la decepción de un intento fallido. Se lleva una imagen de Dios — la imagen de un Dios cuyos representantes prometían y no podían cumplir, cuya autoridad se agotaba exactamente donde la necesidad era más profunda.

Este padre había visto eso. Y lo había llevado como peso adicional al encuentro con Jesús.



Luego Jesús apareció.

Bajaba del monte con los tres que había llevado consigo — con algo en él que la multitud reconoció antes de poder nombrarlo. Porque lo que ocurrió cuando Jesús apareció no fue el reconocimiento calculado de alguien que identifica a una persona conocida. Fue algo más parecido al asombro — esa reacción que sale antes de que la mente tenga tiempo de organizarla, que viene desde un lugar más profundo que el reconocimiento intelectual. La multitud corrió hacia él. Los que un momento antes estaban organizados en torno al interrogatorio de los escribas, los que observaban el fracaso de

los discípulos con la mezcla de curiosidad y satisfacción de quien ve confirmado lo que esperaba — de repente corrían.

Algo en Jesús era cualitativamente diferente a sus discípulos. La multitud no sabía articularlo. Pero lo reconocía. Y ese reconocimiento involuntario, ese movimiento que ocurrió antes de que nadie decidiera moverse — fue la primera respuesta a la duda de este padre. No una respuesta verbal. No una demostración de poder todavía. Solo la evidencia de que lo que Jesús tenía no era del mismo tipo que lo que sus discípulos tenían. Que había algo en él que no dependía de la conexión con la fuente porque él era la fuente.

Jesús no se detuvo en la disputa. No tomó partido entre los escribas y los discípulos, no defendió a los suyos ni atacó a los que los interrogaban. Hizo una pregunta. Una sola pregunta dirigida a todos, a la multitud completa, con la calma de quien no necesita el ruido de la periferia para encontrar lo que importa: ¿qué disputáis con ellos?

Y en ese silencio que la pregunta abrió, este padre salió.

No era un escriba. No era un discípulo. Era uno de la multitud — un hombre sin título y sin credencial, sin ninguna autoridad que lo calificara para hablar antes que los demás. Pero tenía algo que nadie más en ese lugar tenía: la historia completa desde adentro. Y Jesús había abierto el espacio para que esa historia saliera.

La contó. Sin filtro, sin diplomacia, sin la precaución de quien cuida la imagen ajena. Los síntomas del hijo — la sacudida, la espuma, el crujir de dientes, el cuerpo que se iba secando después de cada episodio. La duración — desde niño, dos palabras que contenían más de lo que era posible decir en voz alta frente a una multitud. El intento de los discípulos. El fracaso.

Y luego la pregunta que había estado cargando desde antes de llegar, la que el fracaso de los discípulos había afilado hasta volverla casi insoportable:

Pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos.

No era insolencia. No era falta de respeto. Era la honestidad de alguien que ha aprendido, a fuerza de años y de intentos fallidos, que la esperanza sin base no ayuda a nadie. Era la pregunta de un padre que amaba suficiente como para exponerse — para decir en público, frente a los escribas y frente a los discípulos y frente a la multitud, lo que su corazón no podía callar: no sé si podés. He visto suficiente fracaso como para no asumir que podés. Pero si podés — si hay en vos algo que supera lo que tus discípulos no pudieron — entonces te pido que lo uses. No por mí. Por él.

Ten misericordia de nosotros.

El plural no era accidental. El sufrimiento del hijo era su sufrimiento. Llevaban juntos todo lo que habían cargado — el hijo en el cuerpo, el padre en el alma que velaba ese cuerpo. Lo que le pasara al uno le pasaba al otro. Y lo que Jesús hiciera por el uno lo haría también por el otro.



Jesús tomó la pregunta y la devolvió transformada.

No respondió al si puedes con una demostración inmediata de poder. No ordenó al demonio que saliera para probar que podía. Lo que hizo fue tomar el condicional del padre — ese si que cargaba toda la duda, toda la historia de los intentos fallidos, todo el peso de lo que llevaba desde niño sin resolverse — y moverlo del lugar equivocado al lugar correcto.

Si puedes creer — al que cree todo le es posible.

El si no desapareció. Se trasladó. Ya no estaba sobre el poder de Jesús — estaba sobre la disposición del padre. No porque el poder de Jesús dependiera de la fe del padre para existir. Sino porque lo que Jesús quería para este hombre no era solo un hijo liberado. Quería que el padre saliera de ese encuentro diferente a como había entrado — con una fe que ya no dependiera de la evidencia externa, que ya no necesitara ver triunfar a los representantes de Jesús antes de poder confiar en Jesús mismo.

La pregunta implícita que Jesús le estaba haciendo era más profunda que cualquier pregunta sobre el poder: ¿podés moverte hacia mí con lo que tenés, aunque lo que tenés sea poco y esté mezclado con duda? ¿Podés entregarme lo que no es suficiente y dejar que yo lo complete?

Era la misma invitación que le había hecho al leproso — aunque en un lenguaje completamente distinto, porque la herida era completamente

distinta. Al leproso le había dicho quiero con un toque antes de la palabra. A este padre le estaba preguntando si podía creer — no para exigirle algo que no tenía sino para invitarlo al lugar donde lo que tenía podía ser recibido y completado.



Yo sé lo que es ir a ser usado por Jesús y encontrar al enemigo esperando.

No con la forma del demonio de este relato — con formas más mundanas, más difíciles de reconocer como lo que son precisamente porque no parecen espirituales. Formas que usan lo que ya hay — el clima, el cansancio, la vergüenza, el cuerpo que falla en el momento menos conveniente.

Fui a dar un retiro de Momentos a Solas con Cristo en Puno, Perú. Era la primera vez que daba ese ministerio en ese lugar, y lo que ocurrió desde el momento en que llegué fue una acumulación que solo pude ver en perspectiva — cada elemento por separado podría haber sido coincidencia, pero juntos tenían una firma que reconocí.

El primer momento no pudo arrancar. De la nada, sin ninguna señal previa, empezó a granizar — un granizo gigante que caía sobre un techo de chapa y hacía un ruido que hacía imposible escuchar nada, ni siquiera con micrófono. Casi una hora esperando que parara. Le decía a Jesús que no podíamos suspenderlo, que el primer momento tenía que darse, que hiciera algo — y el granizo no paraba. Finalmente nos movimos a un espacio más

pequeño y el momento pudo darse. Pero ya sabía lo que eso significaba. El enemigo había anunciado que iba a pelear.

Esa noche, en la habitación donde me alojaba, la chica que vivía al lado puso la música a todo volumen. Quise ir a tocarle la puerta, pedirle amablemente que bajara el volumen — y no pude. La vergüenza me paralizó, esa misma vergüenza que el enemigo conoce porque ha visto cómo funciona en mí y sabe exactamente dónde aplicarla. Cuando finalmente se fue, pude descansar un poco. Volvió de madrugada, completamente ebria, con la música más fuerte todavía y cantando a los gritos. No dormí.

Al día siguiente fuimos a comer a un local. Cuando íbamos llegando, sentí una impresión clara en la mente — no comas acá. Lo escuché. Y no le hice caso. Me dio vergüenza decirle a las personas que tan amablemente me estaban atendiendo que prefería no comer ahí. Así que comí.

Al otro día el cuerpo empezó a fallar. Lo que empezó como malestar se convirtió en algo que los análisis confirmaron — un parásito bastante resistente. Me pusieron suero. Y en ese estado — deshidratado, sin haber dormido, con el cuerpo que protestaba con una insistencia que no admitía ignorarla — tuve que dar los bloques de instrucción de la Reunión de Oración. Lo que hacía entre momento y momento era ir al baño a vomitar. Luego volvía. Y seguía.

Le reclamé a Jesús. Le pregunté por qué había permitido esto, por qué no había protegido la comida, por qué el cuerpo me fallaba exactamente

cuando más lo necesitaba. Y en algún momento de ese reclamo llegó la respuesta — no como exculpación sino como claridad: él sí me había avisado. El que no había hecho caso era yo. La impresión había sido precisa. La vergüenza me había convencido de ignorarla.

El día antes de volver a Argentina, todo pasó. El cuerpo respondió. Los enfermeros que me habían atendido con una generosidad que todavía agradezco me llevaron al aeropuerto. Volví a casa. Y supe, con la claridad que solo tiene lo que uno vivió en el cuerpo, que cuando uno va a ser usado por Jesús el enemigo no se queda quieto. Que la turbulencia no es señal de que el camino es equivocado — a veces es exactamente la señal de que el enemigo sabe que está a punto de perder algo.

Momentos a Solas con Cristo se completó. Los testimonios ocurrieron. Las personas fueron bendecidas. La misión se cumplió desde un cuerpo que apenas funcionaba, desde un estado que ningún manual de instrucciones para dar retiros espirituales contempla como condición óptima.

Este padre que caminaba hacia Jesús después de ver fallar a sus discípulos no sabía todavía lo que iba a ocurrir. Solo sabía que el enemigo había peleado — que el demonio había escalado el ataque en el mismo momento en que el hijo llegó a la presencia de Jesús, que el cuerpo del muchacho había quedado aparentemente muerto frente a todos, que la multitud ya estaba diciendo que había fracasado.

Y Jesús todavía no había terminado.



## CAPÍTULO VI

*Creo; ayuda mi incredulidad*

El demonio vio a Jesús y atacó.

No se quedó quieto, no cedió, no reconoció la autoridad que tenía enfrente con ningún gesto de retirada ordenada. Hizo exactamente lo contrario — sacudió al niño con una violencia que superaba todo lo que el padre había visto antes, lo arrojó al suelo, lo hizo revolcarse echando espuma frente a todos. La convulsión más brutal del relato ocurrió en el momento en que el niño llegó a la presencia de Jesús.

El padre lo estaba mirando.

Había traído a su hijo hasta ahí. Había cargado con él desde el lugar donde los discípulos habían fallado, había atravesado la multitud, había encontrado a Jesús y había contado todo — los síntomas, la duración, el fracaso de los que lo habían precedido. Y la respuesta inmediata a todo ese esfuerzo era esto: su hijo revolcándose en el suelo frente a una multitud que retrocedía, con una violencia que hacía que los episodios anteriores parecieran moderados en comparación.

No era lo que había esperado.

Pero había una lógica en lo que ocurría — una lógica que el padre no podía ver todavía porque estaba demasiado adentro de la escena para ver su forma completa. El demonio no escalaba el ataque porque estuviera ganando. Lo

escalaba porque sabía que estaba perdiendo. Cuando el enemigo tiene tiempo y espacio, opera en silencio — instala la mentira despacio, construye la destrucción con paciencia, trabaja en los márgenes donde nadie lo ve. Cuando sabe que el tiempo se acaba, hace todo el daño que puede antes del final. La violencia de ese momento no era una demostración de poder — era la retirada más costosa que podía ejecutar antes de que la orden de Jesús lo obligara a irse.

Jesús lo dejó. Por un momento, lo dejó. No porque no pudiera intervenir antes — sino porque quería que los que miraban entendieran la magnitud de lo que estaba a punto de ocurrir. La oscuridad visible hace más visible la luz. El contraste necesita las dos cosas para existir.

Y luego Jesús preguntó al padre.

No al demonio. No a la multitud. Al padre. ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Una pregunta que no necesitaba para obtener información — necesitaba para crear el espacio donde el padre pudiera ser visto en la totalidad de su historia. No solo en el episodio presente. En todo lo que cargaba desde el principio. En los años que esas dos palabras contenían cuando el padre respondió con lo único que podía responder.

Desde niño.

Nadie le había preguntado eso antes. Los médicos habían preguntado por los síntomas. Los sacerdotes habían preguntado por la genealogía, buscando

el origen de la culpa. Los discípulos probablemente habían preguntado lo mínimo necesario antes de intentar el exorcismo. Jesús preguntó por el tiempo. Por cuánto había durado. Por el peso completo de lo que este hombre había cargado — no solo el problema sino la duración del problema, que es una cosa completamente distinta.

Ese gesto solo ya era una respuesta a algo que el padre no había formulado en voz alta. La pregunta de si importaba. De si alguien consideraba relevante no solo el resultado que necesitaba sino el camino que lo había traído hasta ahí.



El padre continuó. Contó lo que el demonio había hecho con el fuego y con el agua — muchas veces, la palabra que contenía años de noches de vigilancia, de cuerpos alejados del peligro en el último momento, de ese agotamiento específico de quien aprende a vivir en estado de alerta permanente porque no hay momento completamente seguro. Contó el intento de los discípulos. Y luego formuló la pregunta con las palabras más honestas que tenía disponibles en ese momento.

Pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos.

Jesús tomó el si puedes y lo devolvió transformado. Si puedes creer — al que cree todo le es posible. El condicional no desapareció — se trasladó. Y lo que

ese traslado le estaba diciendo al padre era algo que iba a requerir de él la respuesta más vulnerable que había dado en toda su vida.

Porque Jesús no le estaba pidiendo certeza. Le estaba preguntando si podía moverse con lo que tenía — con la fe mezclada con duda, con la esperanza herida por el fracaso de los discípulos, con el amor que continuaba a pesar de todo pero que no sabía si era suficiente para sostener lo que se le estaba pidiendo que sostuviera.

La respuesta salió antes de que el padre pudiera pensarla.

Salió como salen las cosas que vienen de un lugar más profundo que el razonamiento — con la urgencia de quien no tiene tiempo para construir una respuesta más presentable y decide usar la única que tiene. Clamó. El mismo verbo que Marcos usa para los demonios cuando son expulsados, para los ciegos que llaman a Jesús en el camino, para Jesús mismo en la cruz. No fue una respuesta tranquila y ordenada — fue algo que salió con toda la fuerza de lo que este hombre tenía adentro, desde ese lugar donde el amor y el agotamiento y la duda y la esperanza llevaban años conviviendo sin resolución.

Creo; ayuda mi incredulidad.

Dos afirmaciones que se contradicen si se las mira desde afuera. Que no se contradicen en absoluto si se entiende de dónde vienen. Creo — con lo que tengo, con lo poco que me queda después de años y de intentos fallidos y

del fracaso de hoy mismo frente a mis ojos, con esa reserva mínima que todavía no ha cedido del todo. Y al mismo tiempo: no creo suficiente. Sé que lo que tengo no alcanza. Sé que entre lo que puedo creer y lo que necesito creer hay una distancia que no puedo cerrar solo.

Ayuda mi incredulidad.

No te pido que ignores la duda. No te pido que actúes como si no existiera. Te pido que entres en ella y la completes desde adentro. Te entrego la fe que tengo y la duda que también tengo — las dos juntas, sin separar, sin limpiar primero la mezcla para presentarte solo la parte buena. Esto es lo que hay. Hacé algo con esto.

Era la rendición más completa que existe — no la rendición de quien ya no tiene nada que perder, sino la del que tiene algo y elige entregarlo sin garantías. La del que dice: sé que no es suficiente, y te lo doy de todas formas.

Y Jesús actuó.



La orden fue directa y definitiva.

Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él.

Lo nombró primero — con precisión, sin ambigüedad, identificando exactamente lo que tenía enfrente. Luego el pronombre enfático que hacía el contraste con los discípulos tan claro que no necesitaba ser explicado: yo.

No la autoridad delegada que se agota cuando la conexión falla. Yo. Con todo lo que ese yo significa — la fuente misma, no el canal. Y luego la orden en dos partes: sal, y no vuelvas.

La segunda parte no tenía precedente en los otros exorcismos del evangelio. Jesús no solo expulsaba al demonio — cerraba la puerta. No le devolvía al padre un hijo temporalmente liberado que podría ser atacado de nuevo. Le devolvía un hijo permanentemente libre. Lo que había empezado desde niño — los años de fuego y de agua, las noches de vigilancia, el cuerpo del muchacho usado como instrumento de su propia destrucción — todo eso terminaba en esa orden. Definitivamente. Sin posibilidad de retorno.

Jesús pensaba en el futuro de ese niño. En las noches que vendrían después de esta noche, en los años que vendrían después de este día. En la vida completa que el muchacho iba a poder vivir sin esa sombra. El amor que había empujado a este padre a cargar todo lo que había cargado encontraba en esa segunda parte de la orden su espejo más preciso — la misma atención al detalle, la misma preocupación por lo que viene después, el mismo rechazo a conformarse con la solución inmediata cuando hay una vida entera que considerar.

El demonio salió clamando y convulsionando. Hizo todo el daño que pudo en el último momento — esa era su naturaleza, y la naturaleza no cambia aunque la batalla esté perdida. Y el niño quedó en el suelo, sin movimiento,

aparentemente sin vida. La multitud dijo lo que la apariencia sugería: está muerto.

Jesús se acercó.

Tomó al niño de la mano — la misma firmeza del que sabe exactamente lo que está haciendo, la misma clase de toque que había usado con el leproso pero desde el otro extremo de la historia, no el toque que precede a la sanidad sino el que la confirma, el que levanta lo que había caído. Lo levantó. Y el muchacho se incorporó.

Marcos usa para ese levantarse el mismo vocabulario que el Nuevo Testamento usa para la resurrección. No es accidental. Lo que Jesús hizo con este niño en ese camino polvoroso frente a una multitud que ya lo daba por muerto es una imagen de lo que Jesús hace con todo lo que el enemigo intentó destruir completamente — lo toma de la mano y lo levanta. No desde la distancia. No con una orden pronunciada desde donde está. Se acerca, se inclina, toma la mano, levanta.



Lo primero que hizo el muchacho con la voz que recuperó fue alabar a Jesús.

Años de silencio forzado. Años de una voz suprimida por algo que no tenía derecho sobre ella pero que la había ocupado de todas formas. Y la primera palabra que salió de esa boca liberada fue adoración. No una petición. No

una pregunta. No el nombre del padre que lo había cuidado durante todos esos años. Lo primero fue Jesús.

Eso no era instinto. Era comprensión. El Espíritu Santo había estado trabajando en ese interior silenciado durante años — no a través de los canales normales que el demonio había bloqueado, sino directamente, sin intermediarios, en ese lugar donde ningún demonio tiene acceso completo. Y lo que el Espíritu había plantado en silencio salió en la primera palabra libre.

El padre y el hijo alabaron juntos.

Por primera vez. La primera conversación real entre los dos — no el padre hablando hacia un interior que no podía responder, sino los dos, con voz, dirigidos hacia el mismo lugar al mismo tiempo. La relación que el demonio había impedido que existiera comenzó en ese momento — no desde cero, porque el amor del padre había estado ahí todo el tiempo, sino desde la primera posibilidad de reciprocidad. El primer momento en que el hijo podía devolver algo de lo que el padre le había dado sin poder recibir respuesta.

Y los dos testigos que Jesús había sembrado en ese camino — el padre que lo había vivido desde afuera, el hijo que lo había vivido desde adentro — iban a contar una historia que ninguno podía contar solo. Iban a contar la misma historia desde dos ángulos que se completaban. Iban a ser la

evidencia más difícil de refutar que existe — no un argumento, sino dos vidas que cargaban en el cuerpo y en la memoria lo que Jesús había hecho.



Yo aprendí a esperar en el tiempo al medio.

Ese espacio entre lo que Jesús dice y lo que todavía no se puede ver — ese tiempo donde la certeza tiene que sostenerse sin evidencia todavía — es uno de los lugares más difíciles de habitar. Porque la apariencia dice una cosa y lo que Jesús dijo dice otra, y uno tiene que elegir a cuál de las dos le da más peso mientras espera que la evidencia llegue a confirmar lo que ya fue prometido.

Íbamos en el auto — circunstancialmente, no era el viaje de vacaciones todavía. Niquito estaba en el colegio, en lo que podía ser su última clase de geografía antes de los exámenes finales del secundario. Necesitaba que el profesor lo tomara oral para levantar una nota previa que le permitiera llegar a los finales tranquilo. Si no lo lograba, iba a llegar a esa semana con una presión encima que podía ensombrecer todo lo demás. Yo iba en el asiento del acompañante, sin poder hacer nada, clamando por algo que estaba ocurriendo en un aula a kilómetros de donde estábamos.

No clamaba porque la calificación en sí me importara más que él. Clamaba porque quería que pudiera llegar a los finales tranquilo. Porque quería que las vacaciones que habíamos planeado en familia pudieran ser lo que tenían

que ser — descanso, no presión. Porque quería que él no cargara con algo que podía resolverse ahora.

En algún momento del trayecto nos quedamos sin señal. No podía comunicarme con Niquito para saber cómo había salido. Y en ese silencio de señal cortada, con la incertidumbre todavía sin resolver, el locutor de la radio dijo algo que no tenía nada que ver con calificaciones ni con geografía ni con nada de lo que yo estaba pensando. Dijo, en el contexto de lo que fuera que estaba comentando: primero un nueve, y después un diez.

Fue un flechazo.

No puedo explicarlo de otra manera — no fue un razonamiento, no fue una interpretación que construí despacio. Fue algo que llegó directo, que se instaló en el centro del pecho con la suavidad y la firmeza de las cosas que uno reconoce aunque no pueda decir exactamente cómo las reconoce. Jesús me estaba hablando. Primero un nueve. Después un diez. Esas eran las notas de Niquito.

Pero todavía no había señal. Todavía no había confirmación. Había la certeza de lo que Jesús había dicho, y la apariencia de lo que todavía no se podía verificar, y el tiempo al medio donde uno elige a cuál de las dos darle más peso.

Cuando volvió la señal y pude hablar con Niquito, me contó que había pasado algo que no esperaba. El profesor casi no tuvo tiempo para tomar

orales ese día — pero al final lo llamó a él. Se sacó un nueve en el oral. Y le devolvieron la prueba escrita que todavía no había recibido — un diez.

Primero un nueve. Después un diez.

Pudo llegar a los finales tranquilo. Las vacaciones en familia fueron lo que tenían que ser. Y yo guardé ese momento no solo como la respuesta a una oración por calificaciones — sino como una lección sobre el tiempo al medio. Sobre lo que significa sostener la certeza de lo que Jesús dijo mientras la evidencia todavía no llegó. Sobre la diferencia entre la apariencia que dice está muerto y la realidad que Jesús ya había resuelto antes de que la evidencia fuera visible.

El niño en el suelo parecía muerto. Jesús ya lo había liberado.

La nota de Niquito todavía no había llegado. Jesús ya me había respondido.

El tiempo al medio es el lugar donde la fe vive — no la fe de quien ya tiene la evidencia, sino la del que sostiene lo que Jesús dijo mientras espera que la realidad confirme lo que ya fue prometido.

## EPÍLOGO

### *Lo que queda*

Ninguno de los dos hombres sabía que iban a terminar en un libro.

El leproso salió de ese camino con la piel restaurada y algo más difícil de nombrar pero más importante que la piel — una imagen de Dios completamente distinta a la que había cargado durante años. No la imagen del sistema: un Dios omnipotente que lo había descartado, que podía pero elegía no querer, que respaldaba con su nombre la distancia que todos los demás mantenían. La imagen que se llevó era otra. La de un Dios que se conmueve en las entrañas antes de actuar. Que toca antes de hablar. Que dice quiero antes de decir sé limpio. Que no espera que vos te arregles para acercarse — que se acerca mientras todavía estás en el peor momento, con la pregunta más vulnerable que existe todavía sin respuesta.

El padre salió de ese camino con un hijo que hablaba y que oía — con la primera conversación real entre los dos, con la relación que el demonio había impedido que existiera inaugurada en ese momento. Y con algo que iba a sostenerlo por el resto de su vida: la certeza de que el poder de Dios no tiene el límite que el fracaso ajeno sugiere. Que hay casos que superan la capacidad de los representantes de Dios sin superar la capacidad de Dios mismo. Que cuando todo lo demás falló y la apariencia decía que era demasiado tarde, Jesús se acercó, tomó la mano, y levantó.

Los dos se fueron transformados. No solo en lo visible — en ese lugar más profundo donde la imagen de Dios se forma y desde donde organiza todo lo demás.



Hay una pregunta que este libro deja flotando — no como recurso literario sino como invitación real a mirarse adentro y reconocer cuál de las dos dudas es la propia.

¿Es la del leproso? ¿Sabés que Dios puede — has visto suficiente, has oído suficiente, no tenés dudas sobre el poder — pero en algún lugar del camino, por lo que el sistema religioso te enseñó o por lo que la familia construyó o por lo que la vida fue instalando sin que nadie lo nombrara, llegaste a creer que ese poder no llega hasta vos? ¿Que hay en vos algo que te ubica del otro lado del borde — del lado de los que Dios puede pero no quiere?

¿O es la del padre? ¿Sabés que Dios quiere — lo sentís en el amor que recibiste, en las veces que estuvo, en esa certeza que no podés argumentar pero que tampoco podés ignorar — pero llevás demasiado tiempo enfrentando algo que nadie ha podido resolver? ¿Que los representantes de Dios fallaron en el momento que más los necesitabas? ¿Que la pregunta que no podés callar es si el poder de Dios alcanza hasta este caso específico, hasta esta historia específica, hasta lo que llevás desde hace demasiado tiempo sin solución?

Jesús respondió a las dos. Con precisión quirúrgica, con la palabra exacta a la duda exacta, con el gesto que llegaba al lugar donde las palabras solas no podían llegar. Al leproso le dijo quiero — y lo tocó antes de decirlo. Al padre le devolvió su propio condicional transformado, esperó la confesión más honesta del evangelio, y luego tomó la mano del hijo aparentemente muerto y lo levantó.

Jesús siempre responde a la herida exacta. No a la herida que el sistema diagnosticó. No a la herida que uno hubiera esperado tener. A la que realmente hay — esa que a veces uno mismo tarda años en poder nombrar.



Hubo una tarde en que estaba meditando en la historia del ciego de nacimiento y me sentí identificado de una manera que no esperaba.

Llevaba un tiempo cargando algo que no sabía bien cómo nombrar — una especie de culpa por haber llegado tan tarde. Treinta años antes de conocer a Jesús. Treinta años de un camino que no había sido el camino, de decisiones que me habían llevado a lugares oscuros, de un tiempo que sentía que había perdido y que ahora no podía recuperar. Me preguntaba qué habría sido diferente si lo hubiera conocido antes. Qué habría construido, qué habría evitado, qué clase de persona habría llegado a ser si el encuentro hubiera ocurrido en la infancia o en la adolescencia en lugar de a los treinta.

En esa meditación, Jesús me mostró algo que no había visto antes.

Me mostró que yo era ese ciego. No como metáfora general — como identidad precisa. El ciego de nacimiento no eligió nacer ciego. No hizo nada que produjera su condición. Y cuando los discípulos le preguntaron a Jesús quién había pecado para que naciera así, Jesús respondió con algo que desmontó el argumento completo: ninguno pecó. Nació así para que las obras de Dios se manifestaran en él.

La oscuridad no era el castigo. Era el lienzo.

Todo lo que yo había vivido antes de conocer a Jesús — las profundidades, los lugares oscuros, las decisiones que preferiría no haber tomado — Jesús me estaba diciendo que iba a usar todo eso. No a pesar de eso. Con eso. Que el contraste entre la oscuridad que yo conocía desde adentro y la luz que había encontrado era exactamente lo que iba a hacer que mis testimonios llegaran a lugares que los testimonios de quien nunca conoció esa oscuridad no podían alcanzar. Que hay personas que no se identifican con quien nunca tropezó — pero que sí se identifican con quien tropezó y fue levantado.

Mis testimonios no son míos. Son el registro de lo que Jesús hace con lo que el enemigo intentó destruir. Y la oscuridad que el enemigo usó para apartarme de Dios es exactamente el material que Jesús usa para mostrar quién es.

Lo mismo que hizo con el leproso. Lo mismo que hizo con el hijo del padre. La oscuridad visible hace más visible la luz. El contraste necesita las dos cosas para existir.



Estos dos hombres no tienen nombre en el texto. Marcos no los preservó — o no los supo, o consideró que no eran necesarios para lo que quería contar. Lo que preservó fue lo que les ocurrió. El encuentro. La duda que traían. La respuesta que recibieron.

Y esa ausencia de nombre es, en cierto sentido, la cosa más generosa que el texto pudo hacer. Porque donde no hay nombre propio, hay espacio para cualquier nombre. Para el nombre del que lee. Para la historia del que se reconoce en una de las dos dudas y descubre que Jesús ya respondió a esa duda en un camino de Galilea, con un toque o con una pregunta devuelta transformada, mucho antes de que él llegara a formularla.

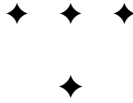
Jesús quiere. Jesús puede.

No como declaración abstracta — como escena concreta, encarnada, con toque físico y palabra directa y niño levantado de la mano. Con la precisión de quien conoce la herida antes de que el herido termine de describirla.

Lo que este libro intentó hacer fue habitar esos dos momentos el tiempo suficiente como para que algo de lo que ocurrió en ellos pudiera seguir ocurriendo. Para que el lector que llegó con la duda del leproso pudiera

escuchar, desde adentro de la escena, el quiero que Jesús dijo antes de que nadie se lo pidiera. Y para que el que llegó con la duda del padre pudiera ver, desde adentro de la escena, la mano de Jesús tomando lo que el enemigo declaró muerto y levantándolo.

La semilla no controla hasta dónde llega. Solo acepta ser plantada.



## FUENTES

Este libro es una narrativa de no-ficción contemplativa. El material teológico y espiritual proviene íntegramente de las fuentes listadas a continuación. La prosa narrativa fue generada con asistencia de inteligencia artificial (Claude, Anthropic) a partir del material compilado y las reflexiones personales del autor.

Sagradas Escrituras

Marcos 1:40-45 · Marcos 9:14-29 · Levítico 13:45-46 · Hechos 6:7 · Juan 9:1-3 · 1 Juan 4:8

Elena G. de White

El Deseado de Todas las Gentes, Capítulo 27: «Puedes limpiarme» ·  
Capítulo 47: «Nada os será imposible»

Compilación y reflexión del material fuente

Nicolás Bertoa · [jesusyyo.com](http://jesusyyo.com)

Narrativa en prosa

Generada con asistencia de inteligencia artificial (Claude, Anthropic), a partir del material compilado por Nicolás Bertoa.

## Distribución

Este libro se distribuye de manera gratuita con fines espirituales y educativos.